

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ (Alcoy 1914 – Madrid 2004)

El profesor F. Jordá, protagonista destacado de aquella importante generación (la irrepetida e imprescindible generación-puente) que en Prehistoria colma el tiempo de transición hacia «lo moderno», ha fallecido en Madrid en agosto de 2004. Como acertadamente se anotó en el homenaje académico que, al jubilarse, se le ofreció «antepuso el esfuerzo y la inteligencia a la penuria o la dificultad, para hacer algo mucho más que permitir que la Arqueología prehistórica continuara».

No es fácil parcelar la actividad científica de Jordá (= su investigación, su docencia y sus ideas) según los criterios curriculares de moda: pues fue muy fuerte (dilatada muchos años y con numerosas aportaciones escritas de entidad) y dedicada al trabajo arqueológico en campos distintos (es decir no tan monográfico como algunos pretenden que sea hoy este oficio). Esta pluralidad de su investigación deriva, de cierto y primariamente, de las muy difíciles circunstancias de su vida (de supervivencia) en los años posteriores al fin (y como consecuencia) de la guerra civil y, a más, de su fuerte curiosidad por tantos problemas planteados por «lo antiguo».

Valencia, Oviedo y Salamanca son ciudades/hitos decisivos de su currículo personal que explican sus preocupaciones, intereses y dedicaciones como arqueólogo.

Primero, en parte de los años cuarenta, en relación con el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia: iniciándose en el conocimiento de la Prehistoria (como estudiante con L. Pericot) y como investigador de campo en la región contratado como Colaborador de ese Servicio.

Luego, en Asturias, en la década de los cincuenta en que ejerció como Profesor Adjunto de Historia del Arte de la Universidad de Oviedo, encargado del Servicio de Investigación Arqueológica de la Diputación Provincial y Director del Museo Arqueológico Provincial.

Por fin, en la Universidad de Salamanca, en la década de los sesenta y hasta el final de su actividad de investigador, como Catedrático sucesivamente de Arqueología, Epigrafía y Numismática (desde 1962) y de Prehistoria (desde 1982 hasta su jubilación). En su dedicación a la Universidad de Salamanca destacó como docente muy querido, como Decano eficiente y respetado y como fuerte impulsor de la investigación en Arqueología prehistórica.

En 1962 se hizo cargo de la dirección del Servicio de Arqueología de la Universidad salmantina. Aparejada a la dirección de ese servicio vino la de la revista *Zephyrus* (fundada por J. Maluquer de Motes una decena de años antes), ejercida desde el volumen XIII de ese mismo año hasta los XXX-XXXI (con el pie de imprenta de 1980). A F. Jordá se debe el fuerte avance en los contenidos de la Revista (aumentados su formato y paginado y mejorada notablemente su presentación material y la calidad de las colaboraciones) hasta constituirse en la que es hoy una de las más destacadas aportaciones al conocimiento periódico de la Arqueología prehistórica en lengua española. En ese tiempo también creó Jordá series impresas varias de especialización, como las colecciones de «Opera Minora», las «Memorias de Prehistoria y Arqueología» y el «Corpus Artis Rupestris» (apenas iniciado).

Sus numerosos trabajos de campo y textos articulan concretamente el balance objetivo de una amplia —y muy provechosa siempre— aportación al conocimiento de la Prehistoria.

Dirigió prospecciones y excavaciones arqueológicas que cubren un ámbito cronocultural dilatado en diversos parajes peninsulares.

Por una parte, trabajó en yacimientos paleolíticos y posteriores del Levante y sur, como las cuevas de Mallaetes (dando con el referente —el «modelo»— más completo del desarrollo del Paleolítico superior en el Levante ibérico), Cova Negra, La Cocina o Nerja, la covacha de Llatas o los poblados de la Ereta del Pedregal y la Bastida de Totana. Por otra, están sus estudios de depósitos asturianos paleolíticos en cueva tan importantes como los de la Lloseta (definiendo con seguridad, hace ya medio siglo, una absolutamente novedosa constatación estratigráfica del «modelo» cultural del territorio cantábrico en el Tardiglacial, frente al hasta entonces habitual referente perigordino; y base firme aún hoy de una imprescindible estructuración del despliegue regional de la cultura magdaleniense), El Conde, Cova Rosa, la Bricia, Candamo, El Cierro, Tres Calabres etc.

Además son de referencia inexcusable sus excavaciones de otros muchos yacimientos asturianos de la Prehistoria tardía como los castros de Coaña, Arancedo, Mohías o San Chuís y los túmulos de Campiello, y ocupaciones en tiempo romano como la ciudad de Lancia; y campañas en numerosos sitios: de las provincias de Burgos (Ojo Guareña o La Trinchera), Salamanca (terrazas del Tormes, castro de Peñameces, túmulos del Guijo de Las Navas,...) o Guadalajara (Jarama I y II), etc.

Entre sus muchísimos textos, en unos se describe y deduce de aquel trabajo de campo; en otros se despliega un muy sugestivo razonamiento de reflexión «sobre» (¡mejor que «contra»!) tantas opiniones establecidas. No es nada fácil (por la extrema amplitud del listado de su bibliografía) y resulta siempre subjetivo (por la variedad de enfoques y temas que abordó) decidir una selección de lo más destacado/ble. Por ejemplo:

- Su tesis doctoral (que obtuvo el premio extraordinario en el curso 1953/54) sobre el Solutrense en España articulando su secuencia peninsular en los dos modelos cantábrico y levantino (o ibérico) donde una minuciosísima revisión de sus evidencias estratificadas y de la variabilidad y «evolución» de su equipamiento instrumental asienta una asombrosamente concreta periodización (¡careciendo en aquel tiempo de la apoyatura de cualquier datación absoluta!): vigentes hoy (¡cuando tan efímera resulta la mayor parte de lo derivado de una aportación arqueológica teórica!) al medio siglo de su elaboración buena parte de sus percepciones (p.e., de industrias, modelos de ocupación o territorialidad) sobre aquella Cultura.
- Su reiterado interés por las manifestaciones gráficas («el arte») del Paleolítico superior: expresado en monografías y revisiones a fondo del grafismo de varios sitios (p. e. Les Pedroses, Las Herrerías, El Ramu —luego llamado Tito Bustillo— o El Pindal) y, en esencial, en importantes reflexiones sobre la periodización del arte Cuaternario desde bases de reflexión realmente innovadoras. Iniciada su contribución en la síntesis presentada al Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas de Madrid en 1954, se desarrolla en artículos básicos de «Zephyrus» (tomo VI de 1955, tomo VIII de 1957) y de «Speleon» (tomo VI de 1956). Destacando, entre tantas ricas aportaciones escritas, la reivindicación de la «personalidad» del arte solutrense en el proceso histórico del imaginario mobiliario y rupestre basándose en la excepcional secuencia gráfica del Parpalló y en datos de ocupación y peculiaridades de esa Cultura dentro del despliegue del Paleolítico superior (estableciendo una propuesta que disiente formalmente y con claridad de la habitual de H. Breuil en aquella reunión del verano de 1960 en Burg Wartenstein, y defiende así la continuidad en la Historia del grafismo paleolítico frente al hiatus que propugnaba el sistema breuiliano). O la sugestiva revisión de la estratigrafía (secuencia) pictórica del techo del «salón de polícromos» de Altamira.

- La intuición sobre ritos y creencias en algunos de los más difíciles (¿son, de hecho, tantos... si no todos?) temas, sean «figuras aisladas» o «escenas» (como, respectivamente, «ideomorfos», o «hierogamias», etc.) del imaginario paleolítico.
- La aplicación de criterios paleontográficos (detectando paralelos en actitudes, ritos o aperos primitivos) al imaginario pintado en abrigos del Levante español para asentar un mejor conocimiento de los comportamientos de los grupos prehistóricos que lo hicieron y comprendían y para alcanzar algún tipo de certeza que acotara los —aún— debatidos límites de la vigencia temporal (el desde —y el hasta— cuándo) de esas representaciones.
- La reivindicación de «lo peninsular» (frente al evidente, y extendido galocentrismo) en las periodizaciones o las tipologías que organizan el conocimiento de la Cultura superopaleolítica: como, en un aspecto que algunos juzgarían menor, al exigir un mayor rigor en el uso castellano de denominaciones que, de uso común entre prehistoriadores, proceden de una traducción/versión no correcta de términos foráneos (p. e.: Magdalenense/Magdalen(i)ense, hojitas/laminillas,...).

Algunos (como Javier Fortea, Manuel Hoyos o Soledad Corchón entre muchos) pueden sentirse orgullosos de haber podido beneficiarse, como «discípulos» académicos directos, de sus profundos conocimientos sobre las culturas de la Prehistoria. Tantos otros somos deudores de sus observaciones personales siempre cordiales y ajustadas, del amplio caudal de conocimientos y del agudo sentido crítico de sus polémicas (¿en tantas «batallas» planteadas, no siempre ganadas!) y más aún, de su cordial amistad.

Todos cuantos, así, hemos disfrutado del magisterio de sus opiniones podemos apreciar adecuadamente el equilibrio de su modo de ser entre su carácter personal y su dedicación científica: entre su bonhomía de base y la actitud rompedora que adoptó en muchas de sus interpretaciones del Pasado.

IGNACIO BARANDIARÁN